

punta del pie... Hacía un rato, sin embargo, que experimentaba un dolorcillo en el extremo del muslo amputado, á pesar de haberlo envuelto cuidadosamente en los trapos y algodones de que le llenaron los bolsillos al salir del hospital, y casi sin darse cuenta de ello, soltó de nuevo las hebillas de las correas, alargó el brazo, cogió aquel mecanismo horrendo, levantólo y se lo puso al lado. Libre el muslo cedió el dolor.

Y el carro andaba, andaba, y el soldado, sin pensar en otra cosa, pasaba y repasaba su mano sobre el muslo para amortiguar por completo el latente dolor que aún sufría, cuando, levantando los ojos, demudósele el semblante, juntó las manos, dejó escapar un grito y quedó inmóvil como una estatua. Había visto la capillita junto á la cual se despidió aquella tarde de su amada, y vuelto con ello en su acuerdo, despertáronse tumultuosamente en su corazón todas las memorias que en él permanecían dormidas, y asaltándole de repente una multitud inmensa de afectos á cual más violentos, experimentó una sacudida atroz. Contempló largo espacio la capilla, demudado el semblante, dilatadas las pupilas y temblándole los labios, y extendiendo luego los brazos con ademán suplicante, exclamó:

— ¡Luisa, Luisa mía!

Y volvió á caer boca abajo sobre el carro.

En semejante situación hirió sus oídos un grito agudo que le hizo estremecer de pies á cabeza. Alzó el rostro, miró, adivinó lo que sucedía, cogió la pierna de palo, introdujo en ella el muslo, apoderóse de las correas con los dedos temblorosos, intentó abrocharlas una vez y otra vez, ¡Dios mío! no acertaba por más que hacía, y entretanto aquellas gentes se acercaban con los brazos abiertos y los labios dispuestos á prorrumpir en un grito de júbilo que pugnaba por salir del pecho, y el desventurado sólo lograba estropearse el muñón con ambas manos sin conseguir su propósito... ¡Ah! ahí están; fué la madre la primera que llegó; tendióle

los brazos con una sonrisa de ángel en el rostro; bajó los ojos, vió, lanzó un grito horrendamente desesperado que le salía de lo más íntimo del corazón, abrazóle estrechamente gimiendo y sollozando, y así permaneció largo rato. Los demás se cubrieron el rostro con las manos.

Pasado un rato se hallaba en tierra: sin que de ello se apercibiese fuéronle hebilladas las correas.

— ¿Dejar que ande por sí mismo? — ocurrióseles al par á los presentes. — No, no, vale más llevarlo, y así no sufrirá tanto. Pero no, de ninguna manera: sólo se conducen los moribundos, y... no, no, que ande por su pie.

Semejante pensamiento cruzó como un rayo por la mente de todos. Pero bastaron tan breves instantes para que el infeliz mutilado se encajara las muletas debajo de los sobacos, y apoyado en ellas, y á fin de abreviar á los suyos tan triste espectáculo, encaminóse á su casa á grandes pasos. Todos le contemplaron. No, todos no, la madre y la novia quedaron á un lado estrechamente abrazadas, ocultando el rostro la una en el seno de la otra.

Penetró el primero en la casa, inmediatamente estuvieron los demás á su alrededor; tomáronle las muletas de la mano, hicieron que se sentara junto á la mesa, y cruzando él los brazos sobre ella, dejó caer sobre los mismos la cabeza. De pronto y en seguida sintió que sobre su frente se posaba una mano temblorosa: levantó la cabeza, vió delante de sí un pecho que latía con grandísima violencia; sin levantar los ojos conoció á quién pertenecía y ocultó el rostro en aquel seno. Reinaba en torno un silencio profundo: nadie lloraba aún.

De pronto se oyó un sollozo.

El mutilado se desprendió de los brazos de su madre, lanzó una mirada en derredor: — ¡Eres tú! — gritó con los ojos arrasados en llanto, y abrió los brazos.

La joven se arrojó en ellos con un entusiasmo delirante.

La madre, asaltada de improviso por una idea, volvióse á los presentes, hizo una seña, y todos se retiraron.

La muchacha miró en derredor, y no viendo persona alguna, acercó apresuradamente una silla á la de su pobre soldado, sentóse, cogióle con la izquierda una de sus manos, púsole la diestra sobre el hombro, y con el rostro bañado en llanto y el pecho anhelante, con palabra queda, rápida, precipitada, afanosa, echando furtivas miradas á la puerta cada vez que tomaba aliento, para ver si entraba alguien, empezó á hablar en estos términos:

— Escúchame, Carlos, y créeme: créeme, porque te hablo con el corazón: te quiero más, mucho más que antes; me uniré más contenta á tí, de este modo... como eres ahora, que si fueses como eras antes: quisiera morir, escúchame, morir ahora mismo, si lo que te digo no fuese la pura verdad: y si tú fueses, escúchame, Carlos de mi alma, y no llores así que me matas, y si fueses tú que no me quisieras, yo, yo misma vendría á pedirte de rodillas y cruzadas las manos que me quisieras, que me amaras, porque yo te quiero, Carlos; porque sin tí no puedo vivir, y si me rechazaras, si me dijeras que no, me moriría de pena.— No llores, Carlos, no te desesperes.— Y si no hubieses vuelto de la guerra; si yo, (y estrechó los labios)... si el Señor hubiese dispuesto las cosas de manera que no te hubiese vuelto á ver, ¿presumes que me hubiese casado con otro? ¡Oh, no, aun cuando hubiese sido el hijo del rey en persona! Y ahora, ahora, si antes te quería con toda mi alma, ahora, (y así diciendo cubrióse el rostro con el delantal, y prorrumpió en amargo llanto)... ahora, puesta de rodillas, me miraré en tus ojos.

Y se deslizó de su asiento, y cayó de rodillas delante de él, que, fuera de sí de júbilo, con gemidos rápidos, con palabras inarticuladas, y más que todo con la animada expresión del rostro que reflejaba divinamente su pensamiento, y agitando las manos convulso, quería dirigirle una palabra,

una sola; mas no tenía alientos para ello, y se esforzaba y se esforzaba, hasta que al cabo, con acento sonoro, entusiasta, desgarrador, díjole tres veces:

— ¡Oh, gracias! ¡gracias! ¡gracias!

Y la cogió por los brazos para levantarla.

— ¡No, no! — contestó ella con acento firme y decidido en el cual se sentía toda la vehemencia de su afecto virginal. — Deja que esté así, quiero permanecer así.

Y se secó las lágrimas, y continuó apresuradamente:

— Siempre estaremos juntos. Yo no iré á trabajar al campo, todo el día permaneceré á tu lado, no te dejaré ni un instante siquiera, trabajaré en casa sentada á tu lado, así como ahora... Pero, ¿qué tienes, Carlos? ¿Por qué lloras así? Dímelo, dímelo á mí, que te quiero tanto... ¿qué tienes?

— Pero... — contestóle el infeliz con voz temblona y vacilante, — ¿y yo?

— ¿Y tú?... ¿Qué quieres decir con esto? Dímelo todo, Carlos, dímelo todo.

Y no pudo continuar.

— ¡Y yo, yo! ¿Cómo lo haré yo para trabajar?

É inclinó la cabeza entre las manos, sacudiéndola con aire de desconsuelo.

— Carlos de mi vida, ¿por qué hablas así? ¿No soy yo toda para tí? ¿No lo somos todos? Mira, yo puedo muy bien ganarme la vida cosiendo en blanco, ya comprenderás que no lo digo para alabarme; ¡figúrate, pues, lo que será contigo!... Y la señora, ¿sabes? aquella de la villa cercana, que muchas veces me ha ofrecido darme labor, y yo nunca quise aceptarla; pero ahora... y más aún cuando ella sepa que has vuelto de este modo... y me traeré la labor á casa, ¿verdad? Y coseré á tu lado, y tú me contarás todo cuanto has visto, y los lugares y las ciudades donde hayas estado, y si te acordabas siempre de mí, y lo que hacías durante el día, y si tenías camaradas de por acá, y de lo que hablabais...

Y así, por este estilo, seguía hablando, y entusiasmándose paulatinamente, siempre de rodillas delante de él, teniendo una mano sobre su hombro, y poniéndole á derechas con el índice y el pulgar de la otra los botones del capote que estaban cabeza abajo. Sus mejillas se habían sonrosado; animaban sus ojos un brillo suave, y las palabras brotaban de sus labios tan ardientes, tan animadas é impregnadas de tanta dulcedumbre, y en sus gestos, en su mirada, en su rostro, en su persona, y hasta en su humilde ademán había tanta ingenuidad, tanta sencillez, tanta gracia, que el pobre soldado la miraba y la escuchaba como fascinado, y cuando concluyó de hablar y clavó los ojos en sus ojos, cual si solicitara una palabra de consuelo, le dió una tan grata y cariñosa como pudiera desearla la enamorada jovencuela.

— ¡Luisa mía, — le dijo, — me haces olvidar mi desgracia!

— ¡Y haré que nunca te acuerdes de ella! — exclamó arrebatada de amor aquella bondadosa criatura.

Y se abrazaron y lloraron.

La madre había tenido un pensamiento feliz.

En aquella sazón llegó á sus oídos un rumor confuso de pasos y de voces procedentes del exterior de la casa. La muchacha se puso en pie, se aproximó más aún á su soldado, y ambos volvieron la cabeza hacia la puerta por donde llegaba el ruido.

— ¿Dónde está, dónde está? — dijo una voz.

Y casi al mismo tiempo apareció en el umbral un jovenzuelo, pálido, demudado, sin aliento, que dió una mirada en derredor, y no bien vió al soldado cuando estaba ya entre sus brazos. Eran amigos íntimos hacía no pocos años. El recién llegado era con todo bastante más joven, y pertenecía á la segunda reserva del reemplazo de 1845, que aquel mismo día, precisamente, había sido llamada á las armas, y con tal motivo, después de haberse despedido de los suyos, no sin haber vertido lágrimas en abundancia, encaminábase á la ciu-

dad, cuando al pasar por delante de la casa de su amigo, cuyo regreso ignoraba, fué llamado por la familia, é informado de la desgracia que le deparó la suerte á su Carlos, penetró en el aposento y se echó en sus brazos. La familia entera había entrado en pos de él, y en cuanto á la madre, así que puso un pie en la estancia y lanzó una mirada escrutadora sobre los rostros de los novios, llorosos aún, pero iluminados por un goce inmenso, comprendiólo todo, sintió que se le quitaba un gran peso del corazón, y en tanto que su hijo permanecía con la cabeza entre los brazos del amigo, con el ademán, más bien que con las palabras, había comunicado su satisfacción á los demás.

Al cabo el mutilado se desprendió de los brazos del amigo, hízole seña de que se sentara á su lado, y después de haber pasado dos ó tres veces la mano por los ojos, para borrar de ellos las huellas del llanto, hizo ademán de querer hablar. Todos se agruparon á su alrededor, y más cerca que todos la madre y la muchacha.

— ¡No desmayes! — dijo dirigiéndose á su amigo, que parecía triste y descorazonado. — Animo, pues, y no te dejes dominar por ciertas tristes preocupaciones. Ya me hago cargo de que viéndome como me ves, precisamente ahora que vas á marchar, y acabas de separarte de la familia, y debes ir á cumplir como soldado, cuando estamos en guerra, te acongoja el verme de esta manera. ¿Presumes que no lo comprendo? ¡Y tanto! Tú dirás: ¡vaya una recompensa como se me ofrece en el servicio! Pero ¿qué le hemos de hacer? ¿De qué aprovecha desesperarse? Quieras que no á las filas debemos ir, y siendo así como lo es, vale más tomarlo por el lado bueno que no preocuparse: tú mismo me darás la razón. Á más de que, y créeme que te hablo con toda sinceridad, si estaba de Dios que me hubiese sobrevenido esta desgracia, entre haberla tenido rodando una escalera ó cayéndome de un carro, prefiero haberla tenido donde la he tenido.